

PERIODICO SINDICALISTA - LIBERTARIO
(Adherido a la A. A. I.)

Aparece los sábados

Redacción y Administración:

CUAREIM, 1321

Teléf. La Uruguaya 2429-Colonia

PRECIO: 5 CENTS.

Subscripción mensual: 20 centésimos

ARGENTINA:

No. sueto: 10 centavos (Suse. mensual: 60 centavos)

Giros, a nombre de CAJON COLTORI

LOS ANARQUISTAS - SINDICALISTAS RUSOS

Los comunistas rusos están siendo víctimas del vértigo de las alturas. Tienen caer, y procuran evitarlo. Es humano esto y no se lo censuraremos con excesiva acritud.

Sin embargo, no parecen muy convencidos de la justicia de su causa, de que es sobradamente lógico que se defiendan de sus adversarios, y tratan de obtener la aquiescencia del «tribunal del proletariado mundial», como quien dice: de la opinión pública, de esa opinión anónima, indetectable, a que también los burgueses recurren en procura de la sanción de sus actos, justificándolos ante ella, siempre que se les figura que acaso se consideren por ahí como injustificados o excesivos.

Lakovev, comunista moscovita, es uien en un folleto traducido a todos los idiomas, y editado con reclames de los periódicos bolcheviques, se ha encargado de llevar al tribunal de maras a los anarquistas-sindicalistas rusos.

Ya los tenemos, pues, aquí. Va a comenzar el juicio. Y es lakovev quien acusa.

Los anarquistas-sindicalistas de todo el mundo, dice, se han dividido como los socialistas, en dos grupos: uno conservador, afiliado a la internacional de Amsterdam, otro revolucionario, que se ha colocado bajo la bandera—la mia bandera—de la Tercera internacional.

Muy bien, pero no es exacto. Los anarquistas-sindicalistas no se han incorporado a la internacional de Amsterdam. Algunos están con Moscú. Los otros siguen en donde estaban. Y los que evolucionaron hacia el socialismo, para justificar ante sí mismos su retroceso, hacen mofa de la consecuencia, de la pureza del ideal, del revolucionarismo antiautoritario y anticapitalista, individual o estatal.

A la virtud le llaman vicio, para figurarse ellos mismos que sus vicios son virtudes, pequeño engaño que seguramente no basta a engañarlos a sí mismos, y mucho menos a los demás, que les ven bajo la careta la faz de hambrientos de mando y posición social, todos los apetitos del pequeño burgués, el pequeño policía, el pequeño funcionario, envidioso y ambicioso.

En Rusia—y discúlpese la digresión, que no hemos querido omitir ya que venía al pelo—ha ocurrido según lakovev lo mismo. Unos anarquistas se han plegado al comunismo estatal; otros le atacan con el revólver, el fusil, la ametralladora y el cañón.

Eso es grave. Los anarquistas no debían atacar al Estado, al primer Estado de la clase obrera, según el decir del periodista, panflelista o folletinero del oficialismo ruso.

Nosotros comprendemos que al comunismo estatal no le parezca bien que los anarquistas-sindicalistas le ataquen, y mucho menos que lo hagan con esa clase de argumentos: argumentos ferrados; o de hierro.

Tampoco a los burgueses les agrada verse atacados, ni de esa ni de ninguna otra manera, y argumentan, que dentro de la democracia, sus adversarios pueden llegar a cambiar el régimen político, social y económico, hasta llegar a la supresión misma del Estado. Todo es cuestión, dicen de votos, de ser mayoría.

Los comunistas ni siquiera recurren a un razonamiento parecido, más o menos espacioso, pero razonamiento al fin. Para ellos, los anarquistas deben conformarse, resignarse a no ver realizado su ideal. Les basta con hacerse comunistas-estatales.

Confíese lakovev, que eso es pedir demasiado. Está bien que se defiendan los comunistas hasta con el hierro, pero admitan siquiera el derecho que cada uno tiene de entender la felicidad a su manera y de luchar por realizarla.

Por lo visto, la única razón que tienen los bolcheviques para justificar su proceder con los anarquistas, es que éstos atacan al Estado obrero, al primer Estado obrero del mundo, lo que debe ser un crimen atroz, mayor que el de atacar otro Estado cualquiera.

Venga acá, atendiéndolo lakovev, y atégase a razones: ¿no comprende que los negociadores del Estado, tienen que atacar si es que en realidad aspiran a vivir en una sociedad libre, sin Estado de ninguna especie?

No le parece que sería absurdo, contradictorio, una negación de las propias ideas, un renunciamiento, ser en teoría enemigos del Estado y en la práctica acatar uno, sea el que sea?

Lakovev dirá—y si no él los anarquistas pasados al comunistado—que no se debe atacar al Estado obrero por ser obrero, y por ser algo transitorio. Es una opinión ésta, todo lo fundada que se quiere, pero que deja sitio para otra, para la de los anarquistas que creen en la transitoriedad del Estado obrero, ni en que éste merezca respetado, vale decir, la abdicación de las propias ideas.

Son dos procedimientos distintos. Para unos, se va a la abolición del Estado, creando en vez del Estado burgués un Estado obrero, el cual, por sí mismo, como un terrón de azúcar, se disolverá con las primeras lluvias; en tanto que para otros, para concluir con la era fusil, cañones, ametralladoras, etc.

Tiene cierto parecido el argumento de la disolución del Estado obrero automáticamente, y la especie de que es un paso para ir al «no Estado», con el de los burgueses a que antes nos referimos, de que por medio de la democracia se puede ir hasta la anarquía. Es cuestión de votos.

Sin embargo, el parecido no es exacto, porque los comunistas no nos explican cómo y cuándo cesará el Estado obrero, colocándose así en el terreno de la argumentación en situación desventajosa, ya que los burgueses, opuestos o no, nos dan un argumento, un medio de llegar a la abolición del Estado burgués, sin tener que recurrir a la violencia.

Juzguen los comunistas, si no creyendo los anarquistas en la eficacia del voto, en la virtualidad del sufragio para extinguir el Estado, van a confiar en que el Estado obrero se disipará como la niebla cuando el sol llega al medio día.

Y desde que no se les da siquiera un procedimiento, ni aún teórico y solístico, para llegar a la Anarquía, no tiene nada de sorprendente que los anarquistas procuren concluir con el Estado obrero revolucionariamente.

Con eso no hacen, reconocía lakovev, más que procurar la realización de la abolición del Estado, que los mismos comunistas dicen desear. Podríamos también argüir, que sea de paso, que los anarquistas no son contra-revolucionarios, sino revolucionarios, seres empeñados en completar la revolución rusa, acelerándola, realizando el mismo ideal que dicen tener los comunistas.

Que sea más acertado andar con calma o no, es cosa discutible, y en la que seguramente no podríamos entendernos.

Lo que hay de cierto es que los comunistas empeñados en mantener el Estado obrero, son por ello mismo conservadores, tan conservadores como los burgueses que se oponen a toda revolución comunista o anárquica.

Y en Rusia, hoy habrá contra-revolucionarios, pero hay también revolucionarios. Y estos no son por cierto, Lenin, Trotsky y compañía.

Podríamos también argüir, que ese Estado obrero, nuncio lo fue, sino Estado Socialista, Estado de los comunistas—obreros y no obreros—y aun admitiendo que en algún momento haya sido más o menos obrero ese Estado, cada día se aleja más del obrerismo para volver al capitalismo, lo que nos permitiría sostener, con sobrado fundamento, que los verdaderos contra-revolucionarios rusos son los bolcheviques.

A nosotros no nos toma de sorpresa el horror o la revolución que los comunistas rusos sienten. El que hayan cambiado de nombre, denominándose ahora comunistas, no quiere decir que hayan dejado de ser socialistas, partidarios del reformismo, del «chi va piano, va lontano». Es como ellos quieren ir: «piano» despacio. Y tiene que asustarlos el apresuramiento de los anarquistas-sindicalistas.

Los socialistas siempre han sido anti-revolucionarios, enemigos de la violencia. Creyeron en la democracia y confiaron en ella para transformar el régimen burgués, como hoy creen en la «dictadura» para llegar

a la sociedad sin Estado, lo que es ser en esencia anti-revolucionarios. Y si en algunos países han ejecutado actos de violencia, ha sido cuando el camino de la democracia no estaba abierto ante ellos, como en Rusia y en Bélgica. Pero esos fueron simples accidentes. Lo normal en su temperamento es el orden, la sumisión, la legalidad. Y consecuentemente, ahora que el «orden» son ellos mismos, no toleran ni siquiera las huelgas.

Porque en resumidas cuentas, el folleto de lakovev, tendiente a explicar porque se persigue a los anarquistas-sindicalistas en Rusia, no hace más que reeditar todos los cargos que hacen a los anarquistas. Son bandidos, agitadores, terroristas, expropiadores, comprometen el orden social y la seguridad del gobierno, etc., etc.

No nos detendremos ni a restablecer la verdad de algunos de los hechos que lakovev atribuye a los anarquistas, ni siquiera a hacerle notar la ingenuidad que demuestra al censurar a Makno porque distribuía objetos de la ciudad a los campesinos, así como su inhabil maniobra de decir que los anarquistas se alían a los campesinos ricos y abandonan a los pobres, lo que es sencillamente absurdo y está en contradicción con el cargo que hace a los anarquistas de dedicarse a la expropiación. (¿De los pobres?)

Demos por sentado que todo sea como él dice, y puesto que formamos parte del tribunal mundial a que somete lakovev los anarquistas-sindicalistas rusos, damos nuestro fallo absolviéndolos, desde que no hacen otra cosa sino procurar realizar sus ideales.

Y eso no es pecado. Créaslo lakovev.

Debido a la demora que ha sufrido la aparición de este número, no hemos visto ni en necesidad de suprimir muchas notas de Movimiento General, porque habían perdido toda actualidad.

Lo mismo hemos tenido que hacer con varias notas de carácter polémico.

Sírvase estos lectores de excusa para los que nos las habían enviado.

Las oficinas del Estado

Si creyéramos que las oficinas del Estado, sobre todo aquellas creadas exclusivamente para asuntos que se relacionan con los obreros, fuera una cosa útil, no habría nada que decir, ya que en la práctica nos demostraría su relativa utilidad.

Pero no es así, y teniendo una oficina del gobierno, estuvo a disposición para las más justas reclamaciones de trabajadores? Ahí, como decíamos, las creadas con ese exclusivo fin, no sólo cumplen con su misión, sino que maltratan a los damnificados que acuden a ellas esperanzados en hallar protección. Un caso como el que vamos a relatar, es uno de los tantos que en el día se repiten.

Antonio Noguera, obrero de las canteras de Cal, de Minas, sufrió un accidente de trabajo, y de allí, lo enviaron a esta capital, al Banco de Seguro del Estado. Y como el obrero Noguera, hielera notar que las consecuencias del accidente había sufrido su vista, después de muchas vueltas, pudo conseguir un pase para que lo examinase un oculista. Este facultativo, que vive del pueblo para atender al pueblo, negó rotundamente que esa afección era causada por el accidente sufrido en la cantera de Cal.

La pobre víctima del trabajo, que llegó afligido e indignado a nuestra redacción, quería que le dijéramos si ese «facultativo», lo era en realidad para atender y examinar a los que por ello le corresponden llegar a él, o si es norma corriente, decirle a uno cuando no trae la cabeza, un brazo o una pierna desecha, que no tiene nada.

¿Qué le íbamos a contestar? Las oficinas del Estado, son cosas creadas de ex profeso para la manutención de una larga serie de zánganos. No cumplen ninguna misión humana, ni social. Son pequeños clubs, especies de garitos, cuyo principal y fin, es prenderse al turno de la política.

¿Cuántos ejemplos nos ofrecería la vida diaria, para ilustrar a los hijos de la explotación, que creen todavía en las leyes protectoras del Estado!

JEREMIADAS

El que viento sienta, tempestad recoge.

Hasta nosotros han llegado las voces de algunos militantes del campo obrero—antes compañeros nuestros y ahora entregados a la dictadura—que expresan el deseo de poner término a esas reyertas que ellos califican de puro carácter personal.

No sabemos si esos ex compañeros creen que nosotros también participamos de ellas, por tal cosa debemos suponer cuando, directo o indirectamente, a nosotros se han dirigido.

Ante todo ponemos a su disposición la colección del periódico, para que comprueben cómo, desde el principio, hemos encarrado la propaganda con un punto de vista completamente impersonal.

Declaramos francamente que los individuos—salvo el caso en que es manifiesta su mala fe—no nos interesan.

Como hombres de ideas preferimos discutir las ideas, y no las personas que las sustentan, porque entendemos que son aquellas las que quedan y que germinan y no éstas.

Hombres comprensivos y racionales, nos explicamos todas las debilidades humanas y comprendemos que a nosotros semejantes—son ellos amigos o adversarios—no podemos exigirles, viviendo en esta sociedad, una perfección humana que sería imposible.

A esta perfección anhelada pensamos llegar despertando valores nuevos en los individuos, por medio de la educación, y creando un ambiente propicio, por medio de la revolución.

Por esto somos racionalistas y revolucionarios.

De manera que los deseos de los ex compañeros antes mencionados nos, no pueden ser más que los deseos nuestros.

Pero, para alcanzarlos, debemos hacerles observar que no es a nosotros a quienes deben dirigirse, sino a sus mismos compañeros.

Porque han de comprender fácilmente que no es posible pretender de nosotros—ni de nadie—que frente a las provocaciones estultas y groseras, la gente se quede con los brazos cruzados.

Han de conocer esos ex compañeros, toda la campaña infame que se está haciendo en contra de muchos buenos compañeros, que, por su actuación, por su sinceridad y por su desinterés, se merecen seguramente un poco más de respeto.

Han de saber, todavía, esos ex compañeros, que no hay reputación que no haya sido enlodada por medio de las más infames calumnias, inventadas y puestas en circulación de la manera más ignominiosa y justificada que imaginar se pueda.

Y, esos ex compañeros que ahora, que los ánimos están caldeados, se escensilizan y quieren echar máquina atrás, solamente porque ven que la personalidad de algunos de sus ases peligrará hundirse en el fango, debían haberlo previsto antes y repetir a los que hueban en las reputaciones ajenas, en la vida íntima de los adversarios, la sentencia de Cristo: «El que está sin pecados, que tire la primera piedra...»

Es doloroso—¡y a quién no le sangra el corazón!—ver esa animosidad de unos y de otros; es doloroso, repetimos, debatirse, en una lucha que esteriliza y que mata.

Pero, ¿de quién la culpa? ¿Quiénes han sido los que se han cerrado a tal y a cual, a toda discusión? ¿Quién ha querido aprovecharse de una ventaja transitoria, que nosotros mismo le habíamos creado, para imponerlos a la dictadura de su ignorancia?

¿Que ellos defendían un ideal? Perfectamente; pero nosotros defendíamos también el nuestro, y nadie podrá impedirnos que lo hagamos con derechos.

idénticos, por lo menos, a los de cualquiera.

Si el deseo de ellos es volver a la noble lucha de las ideas, si quieren, en verdad, volver a las altas lides de la inteligencia, para que brille el ideal más alto y más puro, es deber nuestro recordarle que nosotros nunca hemos abandonado esa hermosa aspiración.

Pero, entonces, si son sinceros, es necesario que la tribuna y la libre discusión, anulen las calumnias y las intrigas urdidas en la sombra; es necesario que la prensa sea un vehículo de educación, una antorcha que ilumine la verdad; y que la pluma, sea, si se quiere, bisturí que abra los tumores, con la sinceridad y la intención del cirujano, y no el puñal que hiere en las tinieblas.

Pero, mientras esto no se haga, son inútiles las jeremiadas de Magdalenas arrepietadas: el que sienta viento, tempestad recoge.

“Trabajo” debe vivir

Un llamado a los compañeros

Muy a pesar nuestro, la semana pasada nos hemos visto en la necesidad de no publicar el periódico por falta de dinero.

Mediante un esfuerzo sobrehumano, pudimos recolectar ahora, lo necesario, para la publicación de este número; pero, si los camaradas os acuden en nuestra ayuda, en lo sucesivo, la existencia de la publicación se hace difícil.

Sabemos que en estos tiempos de honda crisis y de febril agitación, la esmirrada bolsa de los compañeros a duras penas podrá resistir una nueva sangría.

Sabemos que los camaradas más entusiastas y más activos, son los que mayormente contribuyen a nuestras obras de propaganda y que son casi los únicos que con más regularidad colchan en los grupos, en los centros, etc.

Sin embargo, aun sabiendo todo esto, a ellos que sienten, como nosotros, el calor del ideal y la necesidad de la obra emprendida, nos dirigimos para exhortarlos a realizar un esfuerzo más. La agrupación, ante la precaria situación del periódico, se ha reunido en pleno y ha tomado diversas resoluciones tendientes a acrecentar los recursos y a disminuir las salidas.

A comenzar de este número el precio del ejemplar suelto, será de cinco centésimos, y, cuando la administración lo crea oportuno, podrá reducir a dos los págs del periódico, conservando el actual formato.

Esta última medida ha sido ya puesta en práctica, en diversas ocasiones, por los órganos europeos de nuestra tendencia, cuando las circunstancias económicas se lo han impuesto.

Pero, a pesar de todas estas providencias, nos queda siempre el déficit anterior, que es necesario malar. Y es en esto que los camaradas han de tratar de ayudarnos.

Los que puedan suscribirse con un jornal por mes a beneficio del periódico, hasta la extinción del déficit, deben de hacerlo. Los suscriptores y los adherentes alarados han de tratar de ponerse al corriente y han de buscar la forma de no hacer volver varias veces el cobrador.

En fin, pedimos a los que están de acuerdo con la propaganda de esta hoja, a que realicen el sacrificio que puedan, para sostenerla.

Su existencia, es, hoy más que nunca, necesaria. Frente a la prensa bolchevique, sostenida por los dictadores de Moscú, “Trabajo” encarna la tendencia anárquica, en el terreno económico, que no sabe de contubernios, ni de claudicaciones.

La desaparición de “Trabajo” sería darle campo libre a comunistas y dictadores, para que convirtieran las organizaciones obreras en un inmenso rebaño supeditado a las órdenes moscovitas.

Y es por eso que mientras existan anarquistas en el Uruguay, “Trabajo” no puede, no debe desaparecer!

PIC-NIC

El Pic-Nic que teníamos anunciado para el Domingo, hemos debido suspenderlo por segunda vez, a causa de la huelga tranviaria.

Si ésta se arregla para la próxima semana, se realizará indefectiblemente el próximo día 29 del corriente.

Con el ciudadano Mibelli

Me alegro infinitamente que en el principio de su primer artículo empezamos por estar de acuerdo en que la revolución que nosotros anhelamos no se hace con palabras.

Era optimista al iniciar esta controversia, y tuve razón. Creo que seguiremos entendidos con el ciudadano Mibelli en otros puntos de su disertación, en cuanto hayamos aclarado algunos conceptos.

Luego continúa haciendo un ligero comentario y recuerda hechos de la Revolución Francesa, cuando los "sans culottes" pulverizaron el régimen de los Luis. Me agrada que mi palabra lo haya transportado a hechos históricos reales, lo que quiere decir que lo dicho por mí no es una simple lírica poética y sí tiene su razón en la filosofía de la historia.

"¿Cómo agredir el pueblo la violencia?" Esto es resultado lógico de preguntarlo. Ya se lo había confiado. Que un pueblo rebelde no se detiene en medios; que todos los elementos ofensivos y defensivos al alcance de su capacidad y de su mano son utilizados para destruir la tiranía que le agobia, sea que la sublevo. El ingenio popular llega hasta donde sabe y puede.

"Por lo pronto, convendría que se nos convenciese de que resultaría fácil, a un pueblo, obrar de justicia, pero sin armas y sin las aptitudes para manejarlas con provecho, desarmar al ejército capitalista, formado por profesionales de la guerra y dotado de instrumental bélico perfecto..."

Habíale dicho que el más grande error consistía en fabricar "a piacere" una revolución. Por ello los anarquistas creemos que evolución y revolución son sinónimos. Que nuestra práctica constante en medio del pueblo, desde el productor hasta el gendarme, en un determinado cuarto de hora de la historia había de dar sus beneficios fructos, influenciando con una revolución filosófica sobre minorías de todas las esferas sociales, que en el momento se levante en que todos los anarquistas los soñamos poseedores de un sentimiento de justicia, habían de armar el hombre para derribar el sistema capitalista y tiránico.

Error grande e intencional sería pretender disciplinar un pueblo, como vosotros lo hacéis, para luego armarlo con palos de escoba, a la manera de los blancos en 1910, que en sus respectivos clubs acartelaban a sus correligionarios, pasándolos de cuatro en fondo por las calles de la ciudad.

Los hombres se hacen dándoles ideas; los hombres se hacen revolucionarios frente a la injusticia, a la tiranía; de una insurrección popular determinada por la opresión o la tiranía, surge, con la prontitud de los elementos conscientes, la revolución, que podrá ser social si lo que hablamos de revolución y otros que se nos acordaran, no nos acordamos en el momento de la prueba.

Una revolución se sabe cómo comienza, no siempre termina como deseamos. Sabemos los revolucionarios a dónde vamos, hacemos todos los esfuerzos posibles por llegar; pretender más sería cantar al oído al leopardo. Factores circunstanciales podrán entorpecer nuestra obra, pero tenemos la convicción de que con disciplina no venceremos los obstáculos. Un ejército disciplinado que pierde su jefe, es igual que un barco sin timón.

Un disciplinado no es un rebelde. Donde hay revolucionarios, hay iniciativa; donde hay conscientes revolucionarios, hay hombres capaces de orientar hacia el triunfo definitivo la revolución comenzada. Todo lo demás es influencia guerrera, ciudadano Mibelli.

Dice usted: "Un escuadrón de cincuenta cosacos disuelve una manifestación en dos minutos, no porque sean más valientes y decididos, sino porque éstos (los manifestantes) no saben tirar, ni tienen armas para hacerlos".

Pero, en cambio, podemos afirmar que veinte hombres decididos toman un regimiento por sorpresa, un arsenal, y pueden repartir armas y municiones a sus hermanos de dolor, mientras en parte han depositado al enemigo.

Nos recuerda usted la revolución de 1848 y la Commune de París. Previamente, ésta nos recuerda a los comités jacobinos, en donde se reclutaba al pueblo y se le disciplinaba para una acción conjunta, y sucedió lo que no queremos se reproduzca. En medio de las huestes jacobinas se mezclaron los realistas, que luego traicionaron a los que los habían llamado.

Dice Brissot, de los anarquistas: "...pero éstos están fuera de la Convención y la dominan; son revolucionarios desparpados por toda Francia; se han dado a la revolución, comprenden su necesidad y empujan por ella. Sus puestos son las "agrupaciones", y especialmente la calle. Sus medios de acción están en la "opinión del pueblo". Y cuando es necesario un esfuerzo, inflaman al pueblo y con él marchan contra las Tullerías; son ellos los que preparan el ataque, combatiendo en las primeras filas. Ellos

proclaman la Tierra para Todos, lo que se llamó "ley agraria". Los anarquistas proclaman el desconocimiento de la propiedad, del Estado, la destrucción de todo obstáculo. Y todos estos medios de acción directa revolucionaria que saúden y convierven las bases fundamentales del viejo régimen, hacen exclamar a Brissot: "Los bandidos".

Si los jacobinos los hubieran imitado, otra tal vez, hubiera sido la suerte de la Commune de París.

La última revolución en Alemania, triunfante hoy, que si bien no llegó hasta donde fueron nuestros deseos, podemos afirmar categóricamente que no fué preparada; tan es así, que el día antes de la revolución, ese mismo pueblo gritaba: "¡Viva el Kaiser!".

Abandonemos, pues, la ilusión de fabricar revoluciones a capricho y "a piacere".

La revolución rusa de 1905 fué una guerrilla revolucionaria y no triunfó porque no tuvo suficiente ambiente. Y si entonces se hubiera proclamado la "dictadura proletaria", tenga usted la seguridad de que Lenin y Trotsky, en esta hora no hubieran impuesto los 21 puntos desde Moscú; ella hubieran sido las primeras víctimas.

"Que la actual revolución rusa fué preparada". Esto solamente se le ocurre afirmar al ciudadano Mibelli, olvidando que cuando atravesando Alemania Lenin y Trotsky llegaron a Rusia, sólo pudieron entrar porque la revolución había triunfado. Y tuvo esa gran revolución la siguiente preparación: la tiranía del Zar, el cansancio de la guerra, el hambre y las continuas derrotas infligidas por el ejército alemán. Y si esto último —las derrotas— no se hubiera producido, quién sabe si la revolución hubiera estallado.

"Pero, ¿y si algunos anarquistas falsos se enfrentan al pueblo, para orientarlo contra sí mismo? ¿Qué harían los otros anarquistas que no quieren dictaduras?".

La revolución rusa nos ha convencido una vez más de que todos los falsos revolucionarios, hambrientos de gloria y de dominio, al escalar los primeros puestos son los más grandes enemigos del pueblo, y haríamos lo que han pretendido hacer los anarquistas en Rusia, pero que por el inmenso ejército que protege a esos falsos revolucionarios, no han podido hacerlo: los matriarques, por cuanto la revolución la habíamos hecho para destruir el régimen de la tiranía y no para que se erijan en tiranos los que se llaman nuestros "hermanos".

En defensa de nuestros derechos destruíramos a los que en nombre de la libertad pretenden tiranizarlos.

Seguiríamos siendo revolucionarios, libertadores.

Entiéndalo bien el ciudadano Mibelli: haríamos la revolución obrando y orientando, de acuerdo con nuestros principios de liberación humana.

Leída la réplica de mi contrincante, me da pena tener que repetirle lo que ya he dicho. Parece que no hubiera entendido lo que en mi artículo anterior dejaba expuesto, o que haya preferido no entenderlo.

Debo decir constancia de que todo el que conozca algo de historia, solamente porque sí puede afirmar que las revoluciones que triunfaron fueron preparadas.

Solamente podremos afirmar que las minorías valientes y conscientes fueron las que, aprovechando movimientos insurreccionales, orientaron al pueblo rebelde, llegando hasta donde las circunstancias lo permitieron.

Debo repetirle que al otro día de la revolución popular triunfante, el pueblo no haría lo que se le da en gana, porque después del magno esfuerzo hecho no sabría qué hacer. Y entonces, nuestro deber sería: defender con nuestro sacrificio, si es necesario, lo conquistado, y al mismo tiempo, con nuestro ejemplo, demostrar al pueblo, prácticamente, lo que hasta entonces habíamos predicado. Iniciando nuestra obra de reconstrucción sin tiranos, ni leyes, ni gobiernos, demostrando así a nuestros hermanos la posibilidad de vivir sin ningún gobierno, tiranía y explotación. Atrayendo a nuestro lado a todos los productores, en la seguridad de que el pueblo triunfante, fácilmente aprovecharía la obra de nuestro ejemplo, porque ello estaría más de acuerdo con sus necesidades, que responder a una naturaleza común, porque nuestra obra en nada perjudicaría sus más leales intereses morales y materiales.

Orientación y dictadura, para nuestro contrincante parece fueran sinónimos.

Por lo que he expuesto, la palabra dictadura tanto le sirve para un barido como para un fregado.

Las palabras se han creado para distinguir los hechos y las cosas unos de otros. Con esta modalidad seguiremos hablando.

El ciudadano Mibelli confunde orientación con dominio; lo primero es racional, lo segundo irracional; el uno es enérgico, el otro impone; con lo primero

hacemos un amigo, un hermano, con lo segundo un reo, un enemigo, tal vez un traidor.

Orientando, enseñamos el camino de la libertad, de la fraternidad; con la dictadura, un modelo de esclavitud sometido a nuevos caprichos, obligamos a obedecer nuevas fórmulas, otras leyes que han de reprimir todas las buenas iniciativas.

Al otro día de la revolución triunfante, los burgueses tendrán derecho de continuar siendo burgueses, pero nuestros comités de defensa revolucionaria defenderán el fruto del trabajo del proletariado, y evitarán por todos los medios que alguien pretenda arrebatarnos nuestra libertad. Los burgueses tendrán la libertad de morirse de hambre. Y si hicieran uso de la fuerza, responderíamos con la fuerza de nuestra razón.

No hay que confundir cristianismo con anarquismo. Siempre hemos entendido que la violencia de arriba engendra la de abajo; la tiranía de los opresores, la rebelión de los oprimidos.

En esta situación, nosotros, cuando alguien pretende tiranizarlos y explotarlos, y si con nuestra fuerza, con nuestra violencia, conseguimos triunfar, nosotros no hemos hecho más que libertarlos, porque defendiendo nuestra libertad no sometemos a nadie; hemos evitado que nos sometieran; hemos librado una guerrilla más por nuestra libertad, que responde a la liberación común, hasta la de nuestros propios enemigos, por cuanto no ejercemos tiranía contra los vencidos.

Esto es orientar, esto es defender la libertad, conservar los conquistas revolucionarias. Es la negación de la dictadura, que somete, tiraniza por intermedio de un individuo, de un grupo o de un partido a todos los que no están de acuerdo con ellos, hasta por el "delito" de pensar más allá.

Decís, dictadura transitoria. Todo principio de autoridad en el cuerpo social es como el principio de autoridad en el cuerpo humano. Sabemos que toda organización que conserve vestigios de las viejas sociedades, podría determinar el resurgimiento del pasado, el retorno al individualismo burgués.

Sabemos que las mayorías no son anarquistas; pero también entendemos que el pueblo acepta todo lo que le hace más feliz, y usted reconoce que la anarquía constituye el máximo de la felicidad humana.

Por consecuencia, convengamos en que los hombres no son tan malos como usted los cree; que hay factores sociales que pesan sobre sus espaldas, pero que eliminados por la revolución, ellos se adaptarán al nuevo orden social que para ser felices los brinda lo que les hace falta.

Nuestro contrincante nos dice, que "los marxistas tenían razón cuando predicaban un interregno socialista". Sin embargo, la última experiencia en Rusia nos ha demostrado el fracaso de dicha profecía.

Tan es así que el mismo Lenin lo ha confesado que para destruir la vieja burocracia entradora, será necesario una tercera revolución y esa burocracia ha sido la consecuencia de la dictadura, del principio de autoridad, que día a día tuvo que ser más vasto, para poder difundir y mantener el estado de tiranía que de concesión, en consecuencia les ha obligado a tener que abrazarse con la burguesía y el capitalismo internacional. Obrando Lenin, en la misma manera que criticaba a Kerensky.

Los hermosos frutos de la revolución fueron traicionados por la afirmación marxista de la "dictadura del proletariado". Con ella castraron la libre iniciativa, ahogaron la libertad, destruyeron lo que se había conquistado.

Afirmo nuestro adversario que "los anarquistas no han hecho ninguna revolución". Pero no podrá negar que en todos los movimientos sociales e insurrecciones populares, los anarquistas fueron los primeros (cuando no los iniciadores) en tomar parte en la iniciativa, en la orientación, en ser el nervio de la acción.

En todas partes donde hubo que luchar contra el orden social presente, las primeras víctimas fueron los anarquistas; las cárceles de todo el mundo lo testimonian, sólo los nuestros fueron los desterrados, los comunistas, nunca; y hay una poderosa razón: la de que nunca éstos existieron.

Podemos afirmar que es la parte de última moda.

Por consecuencia, el partido comunista nunca hizo ni tomó parte en ninguna revolución. Lenin rescitó el partido comunista que había sido enterrado con Marx.

Lenin llegó con el último tren a la constituyente, cuando los anarquistas ya constituían una poderosa fuerza contra las ambiciones de Kerensky.

Los marxistas de Kerensky, para traer su revolución, dando así el triunfo del segundo período de la revolución eran y son anarquistas. Dice usted que los comunistas hicieron todas las revoluciones y mantienen la más grande de la historia.

Esto es una ironía que hace reír a los hombres de nuestra época. Es una

afirmación gratuita, que sus mismos compañeros no pueden digerirla. Usted no podrá amparar semejante declaración. Si se lo contaron le han engañado.

La única obra que reconocemos al partido comunista, es la Tercera Internacional; y ella tiene el mérito, con la imposición de los 21 puntos, de haber dividido el proletariado del mundo entero.

El mismo diputado comunista sabe cual es la obra de sus compañeros dentro de la organización obrera, con un espíritu ampliamente centralista, dictatorial y disciplinado; sólo han conseguido desarrollar una acción disolvente dividiendo a los trabajadores, porque sus compañeros comunistas van a los gremios con un categórico mandato imperativo, que las mas de las veces se estrella en los asambleas, porque ellos iban a "cumplir un mandato" y no para analizar lo que era bueno o malo, cayendo a veces hasta en el ridículo de sostener una barbaridad porque así se les había "ordenado" y obedientes, fieles, faltos de criterio propio, no eran capaces de interpretar la oportunidad del momento.

Si el ciudadano Mibelli y los líderes del "comunismo" acudieran a las asambleas obreras, podrían observar lo que anteriormente digo, pero esto lo desconocen porque el estado mayor

dicta órdenes desde el tranquilo aposento en que se reúnen.

Hemos entendido siempre los anarquistas que la revolución está en el alma de todos los explotados ansiosos de justicia.

Que el movimiento filosófico es la acción espiritual que ha de parir al período catastrófico, violento, de la transformación social. Y, en tanto, desde las tribunas, la prensa, nuestras agrupaciones revolucionarias irán levantando el espíritu de los hombres; sembrando ideas; organizando los sindicatos obreros; haciendo capacitando a los trabajadores, para que un día no lejano, no los sorprendan los sucesos revolucionarios.

Nuestra propaganda revolucionaria es disolvente hacia todos los puntos en donde se afirma el actual régimen; es orientadora, violenta, en la revolución, y educadora, reestructuradora en la post-revolución, por la defensa de los intereses comunes, un brazo cargando el fusil, el otro con la horra de trabajo; un brazo en contra de todos los tiranos que resucitarán, y el otro para edificar el nuevo orden social.

Y con esto espero haber esclarecido nuestro pensamiento, que esta vez el ciudadano Mibelli interpretará en toda su claridad.

A sus órdenes.

Francisco Del Santo.

CÓMO HAREMOS LA REVOLUCIÓN

La opinión autorizada de un diario revolucionario

Debemos contar la palabra y la acción de los revolucionarios, como obliga a señalar a la administración de los lectores el siguiente artículo publicado por "Justicia", con el título: "¿Qué deber hacer los uruguayos frente al clima argentino?".

No auguramos que esta brillante composición pertenezca a la pluma del diputado comunista Mibelli.

Yugan por el nuestro sincera felicitación; mientras estos hombres que tan lógicamente se preocupan de los problemas sociales, la causa de revolución humana nunca podrá considerarse perdida..."

Nos hallamos en un momento grave para la organización del país. El optimismo de los pasados días, en que se llegó a creer probable la unión argentina de la patria, se ha desvanecido. Los elementos disolventes, de tal manera que se derrumbe, con la mayor rapidez, el pequeño resultado obtenido en favor de las relaciones de concordia.

No nos preocupa el problema en su aspecto puramente argentino. No desconocemos la importancia, tanto del punto de vista local como internacional, de la situación creada en la Argentina, pero, por encima de ese fenómeno, colocamos el interés local, el interés uruguayo, que parece haber sido olvidado por quienes, en la prensa y en la Asociación, se dedican con inextinguible entusiasmo a defender los intereses de la Asociación Argentina o los intereses de la Asociación Amateur, aferrándose por ceder a una y a otra posiciones uruguayas y trayendo a casa, por esto mismo, la anarquía que está consumiendo al football argentino. Frente a tal actitud, parecida a un suicidio, es necesario distinguir al buen sentido de esos cronistas que proclaman la guerra santa contra A o B y de esos dirigentes que, cansados, a lo que parece de estar tranquilos, embucan en sus clubes en la aventura de jugarse en una batalla inútil los frutos de una paz larga y profusa.

Para los footballers del Uruguay, sólo una bandera es digna de ser empujada en estos momentos: la de la unidad entre los clubes de fronteras. (De qué serviría averiguar si tiene razón la Asociación Argentina o si la tiene la Amateur? Esta investigación, útil sólo para la historia, no puede traer ninguna ventaja a la Asociación Uruguaya; y es seguro que traerá gravísimos perjuicios al football local, —los de un clima,—si se pretende justificar una división aquí con los derechos en más o en menos de cada Asociación Argentina. La tesis uruguaya no puede ser, en ningún caso, la de elegir entre la Asociación Argentina o la Amateur, sino la de imponer a estas dos, así como suena... ¡imponer! la fusión a plazo fijo.

Y tal debe ser la solución que propicien los uruguayos no por amor sentimental a la concordia, siempre grato aunque casi siempre hipócrita, sino por interés. ¿Y por qué debemos tener interés en la fusión? Porque si la fusión no se realiza, si se admite la coexistencia en Buenos Aires de dos Asociaciones rivales, la consecuencia definitiva de esa hostilidad, desde día más grande, será la destrucción inmediata en la división del football uruguayo y en la desorganización inevita-

ble del football continental. Esto es relativamente importante; pero aquello, es decir, la desunión de nuestro football, el desgarramiento de la Asociación, la guerra despiadada traída a casa por motivos puramente argentinos y, lo que es más, por pequeñas rencillas personales, sería de consecuencias funestas para todos.

La fórmula uruguaya debe ser, a nuestro juicio, la de imponer el boycott uruguayo, hasta tanto convengamos en la fusión, empujándolo contra las dos Asociaciones Argentinas, si las dos se resistiesen a adoptarla, o contra la que se resistiese, si fuese una de ellas solamente. Debe preocuparnos, antes que el interés de los argentinos—, que este caso nos asignen el papel del gato de la fábula, pues nos interesa para sacar del fuego la caña que han de caer ellos—, el interés de nuestra unión. Porque la queremos, porque ésta nos dio fuerza y salud moral, debemos evitar que la anarquía nos destruya. Y para esto, no hay más solución que la de decir a los argentinos: ni con una Asociación ni con la otra, hasta el día en que, según pacto contenido, deben hacer la fusión; y contra la que no quiera la fusión, después de ese día.

Salvo el caso de que se quiera la desunión de nuestro football. Continuaremos. (De "Justicia", No 701, órgano del Partido Comunista).

Los cantores

Hubo un tiempo en que el cantor vagaba por la campaña sin soñar ni por acaso, con los pueblos y ciudades, para cantar los héroes y cantares, sus aventuras y hazañas, sólo bastaba el fogón, el rancho auglo o los galpones de estancia.

Hoy vuela de aquellos campos cual peluella de cardo, que se remonta en los aires, a volar a casa, agitando como aquella, una semilla en su seno. El cardo, la planta indígena, también crece en la ciudad, porque siempre encuentra suelo; y el cantor tiene auditorio: sucos abiertos, donde caerán sus versos como semillas o volarán sus canciones como el polen de las flores que fecundiza a las hembras.

La guitarra como antes, tiene los mismos acordes; y los versos en quintilla, en décimas o en octavas están en su repertorio pero con otro argumento.

Ya no es a la bandera, ni a la patria, ni a las hazañas guerreras a quien dirige sus cantos, el cantor. Hoy el bardo de los campos, canta el dolor de los pueblos, proclama la libertad de los pueblos y anuncia como una aurora a una nueva sociedad.

Estos vates, a su vez, y su belleza que siempre están destilando, la paean y la vuelcan donde hay un puñado de hombres, sea un bolche, sea un recreo, una plaza o un jardín, allí anegan las vitueles y el repertorio selecto, henchido de ideas, de verdades y bellezas se le escape del pecho como el polen a las flores, como la semilla al cardo.

¡Ay! Después, al terminar, corre en todas direcciones una bandeja, que recolecta monedas para el cantor. Y arrellenado en su asiento un "filósofo" pronuncia: "¡Mucha vida!". Y responde: "¡Lo necesita y merecen, esas monedas, son las crines que el boyero les arranca a los baguales para construir su nido, o los mechones que leana que el zorzal se desvía a la oveja para abrigar sus pichones".

José M. Ferreira.

